
ALFALFA ESPIRITUAL

Fernando Savater



Cuenta Ramón Gómez de la Serna, en su biografía del café Pombo, que en una antigua librería de la calle Carretas se vendía, entre otras obras de pía espiritualidad, la titulada *Alfalfa espiritual para los borregos de Cristo*. El rótulo no pretendía ser peyorativo ni sarcástico: es nuestra malicia y la propia experiencia histórica de la Iglesia lo que nos hace sonreír ante él. Lo

he recordado varias veces durante los últimos meses, a la vista de la actuación eclesial en los asuntos políticos de este país, o mejor, de la justificación ideológica de tal actuación. Las untuosas teorías vertidas en torno a la cuestión del divorcio y a la de la enseñanza, son auténticos modelos de alfalfa espiritual de la más rancia escuela: alfalfa y filfa. Maestros en explicar lo

improbable por lo imposible, y en justificar lo ilógico recurriendo a la autoridad de lo inverosímil, los clérigos presentan como hecho incontrovertible y comúnmente aceptado aquellas doctrinas que la ilustración laica europea viene demoliendo desde hace casi dos siglos y medio. ¿Acaso se puede afirmar hoy sin sonrojo que el matrimonio monógamo —o el polígamo, o cualquier otra institución social concreta— es *natural*, y no digamos ya *naturalmente indisoluble* o cosa por el estilo? ¿Debe acaso el Estado privilegiar económicamente, en detrimento de la secularmente abandonada enseñanza laica, centros donde sigan promulgándose semejantes dogmas al amparo de una tradición históricamente funesta? Y no hablemos de las sutilezas y distingos inacabables de la argumentación, que serían risibles si no fuesen tan indignantes, por medio de los cuales se pretende vender el pienso averiado por los siglos, como si de novísimas hamburguesas calentadas en horno de micro-ondas se tratase. Hay que estar al día en las *formas* del día para combatir los *contenidos* del día, pues todo lo que traen los días no puede por menos de ser hostil a quien se reclama de la eternidad...

Se habla del anticlericalismo como de una supervivencia antañona, cuando no como si fuera un ramalazo intolerante en supuestos adalides de la libertad. Como me he convertido un poco en algo así como el anticlerical de guardia en estos pagos, creo oportuno salir al paso de tales descalificaciones. En primer lugar, ser anticlerical es algo

tan perfectamente al día y tan justificado, como ser antimilitarista; y por el mismo motivo, a saber: porque sigue habiendo una activa influencia clerical en la política de los países, de igual modo que sigue funcionando la ideología militarista como *ultima ratio* de las relaciones sociales de coacción. El anticlericalismo no supone insensibilidad ante la fuerza simbólica de la tradición cristiana, pues muchos de los más grandes cristianos han sido ferozmente anticlericales, de los cátaros a Thomas Munzer, de Lutero a Kierkegaard; tampoco implica un propósito de ruptura nihilista con unas raíces culturales históricas, de las que nunca se está tan preso como cuando se las niega tan crudamente, sino que pretende enlazar con una lucha multiseccular por emancipar el orden social de dogmatismos y absolutismos teológicos. Ser anticlerical pudiera ser algo anticuado en los países que se ven por fin libres de la presión de las instituciones religiosas en las instituciones políticas (que no es lo mismo que de las *conciencias* religiosas en los ideales políticos, lo que puede ser perfectamente lícito), pero ese no es evidentemente el caso de España, donde todavía es algo mucho más eficaz y urgente que la brega antinuclear, por ejemplo, ya que hay muchísimos más curas que centrales nucleares... Respecto a la intolerancia: ser *políticamente* tolerante en cuestión de creencias consiste en no perseguir ni discriminar a nadie por sus ideas religiosas o filosóficas, ni impedirle que las practique o difunda, salvo en aquellos puntos en que choca frontalmente

con el ordenamiento jurídico de la sociedad, v.gr.: la secta de los *thugs*, aquellos estranguladores al servicio de la diosa Kali y de Salgari, pueden ser perfectamente res-

Se dice, en ocasiones, que ciertos curas mantienen posturas políticamente progresistas en diversos países, sobre todo en América Latina. La publicación en «*El País*» de

En primer lugar, ser anticlerical es algo tan perfectamente al día y tan justificado, como ser antimilitarista.

petados en lo tocante a sus ideas y formas de culto, excepto en su principal y asfixiante costumbre, que debe ser prohibida en toda nación civilizada. Por mi parte, estoy dispuesto a combatir con tanto ahínco (o casi) contra cualquier gobierno que prohíba a los obispos el trato común con sus fieles, como ahora lucho contra las injerencias de los obispos en la vida pública de un país en el que conviven creyentes de muy diversas religiones, y numerosos agnósticos, ateos o herejes. Tener un espíritu amplio no es lo mismo que tener un espíritu vacío, solía decir Bertrand Russell: la tolerancia en el ámbito comunitario exige conceder a cada cual el derecho a ser lo que es y a pensar lo que piensa, pero ese mismo principio impone a quienes tenemos algunas opiniones sobre lo deseable en la vida pública, el defender nuestros puntos de vista, refutar si podemos los opuestos, y exigir una estricta imparcialidad legislativa a la hora de regular la convivencia entre los propugnadores de unos y otros.

mi controvertido «*Osadía Clerical*», coincidió con el asesinato de monseñor Romero en El Salvador, y algunos presentaron este suceso como una especie de traumática refutación divina de mis tesis. Lamento decir que tomo esta intervención de la providencia más como una disgresión que como un verdadero argumento. En primer lugar, no discuto la abnegación y honradez de tal o cual clérigo a título particular, lo mismo que no descarto que haya militares más demócratas y menos autoritarios que muchos civiles; en segundo lugar, el peso de semejantes figuras aisladas, y su carácter anecdótico, no hace sino subrayar por contraste la posición netamente conservadora de la Iglesia como corporación en todas partes, incluyendo muy especial y dolorosamente América Latina; en tercer lugar, lo que entonces denunciaba y denunció ahora es *la vocación de poder de la Iglesia, y su afán de perpetuar un dominio político sobre la sociedad civil, camuflado con coartadas espirituales*, vocación que puede llevarle en

ocasiones a enfrentamientos de signo popular con el poder civil establecido. La Iglesia busca en toda ocasión aumentar su control e influencia en la vida de los ciudadanos y, como sabe que su campo es más bien el de las costumbres que el del orden político propiamente dicho, le será más fácil a veces adoptar tímidamente una actitud menos reaccionaria en lo político (para ganarse las simpatías de pueblos extraordinariamente oprimidos, que es donde suele tener su mejor clientela), que hacer cualquier concesión en el terreno familiar o de formación, donde defiende su primacía intangible con uñas y dientes. ¿Pero acaso no tienen los obispos derecho a

decir lo que opinan sobre tal cuestión divina o humana? Sin lugar a dudas, pero tal intervención *histórica* no debe aspirar a ningún privilegio mágico que le evite ser juzgada de acuerdo con lo que la razón crítica nos enseña, ni que le resguarde de ser *políticamente combatida* como la de cualquier otra institución que entra en la liza del poder temporal. No se puede boxear y al mismo tiempo exigir que no le peguen a uno porque lleva gafas, ni tampoco defender conquistas sociales y económicas muy terrenas, con la coartada de que se hicieron en nombre de un reino que no es de este mundo.

Para terminar, la nota de

actualidad. ¿Hay algo más repugnante que el comportamiento de la conferencia episcopal durante el golpe de estado, difiriendo enviar su ambigua admonición, hasta estar bien seguros de que no se ponían del lado perdedor? Y, ¿puede dudarse que las retumbantes condenas de la jerarquía eclesiástica en el tema del divorcio, y la labor de zapa de los confesionarios en tantos otros, han contribuido decisivamente a fomentar el clima golpista? Pues que no traten ahora de tapar la boca de los demócratas laicos, y que luchan por seguir siéndolo, llenándosela con su alfalfa espiritual, pues se equivocan de borregos.

Hablar de humanismo en el contexto de teoría socialista es un mal asunto, puesto que automáticamente recae sobre uno la sospecha de flojera científica, querencia reformista, tradición socialdemócrata o moralina cristiana. Ahora bien, el humanismo con el que se enfrenta Marx, por ejemplo, tiene una significación técnica precisa: afirmación del hombre como sujeto (subjetividad) y primado de la filosofía, no de la metafísica clásica, sino de una interpretación práctica de la filosofía para quien hablar de verdad es hablar, al mismo tiempo, de libertad. Pues bien, este tema del humanismo emerge, cual quidiana inagotable, cada vez que una teoría socialista pretende haberse «aprovechado».

El desdén del humanismo no sólo viene de determinadas posiciones puras y duras del marxismo, sino también de los pragmáticos. En efecto, cuántas veces el socialismo ha querido señalar su erudición y radicalidad lo ha hecho distanciándose del «socialismo humanista» (la contraposición de las figuras de Largo Caballero y Fernando de los Ríos es, en este sentido, clarificadora). Pero es que los pragmáticos o socialdemócratas también dan por hecho que la posible alternativa socialista para por estos dos registros es la única adecuada para la conquista del